

RESEÑAS

Identidad: una categoría amplia e inclusiva

Francis Fukuyama, *Identity: the demand for dignity and politics of resentment* (2018) New York: Farrar, Straus and Giroux. 218 páginas.

Un conocido recurso narrativo es empezar por la mitad de la historia, idealmente con el problema central, para despertar el interés del lector a lo largo del relato. Sin embargo, para ser justos con Francis Fukuyama es importante empezar por el principio, irnos a 1989 con su celeberrimo ensayo *El fin de la historia*. Celeberrimo y clásico, pues el tiempo ha pasado pero la tesis central se mantiene: el triunfo de la democracia liberal como ideología. Ahora resulta difícil de apreciar, pero en su momento fue una tesis atrevida, publicada meses antes de la caída del muro de Berlín. Y aunque desde entonces las críticas han sido abundantes –en especial seguidas de catástrofes violentas– en su nuevo libro *Identity: the demand for dignity and politics of resentment* la mantiene. En clave hegeliana la tesis consiste en que el curso de la historia continúa navegando hacia el orden liberal democrático a pesar de sus amenazas. Amenazas de las que el politólogo siempre fue consciente y jamás renegó –como el nacionalismo y el radicalismo religioso. Desde el inicio explicó que el fin de la historia no implicaba el fin de los conflictos, sino una victoria a nivel ideológico, en el plano de las ideas. Me parece que más tiene que ver con la



finalidad (dirección) de la historia, que con su fin (terminación). Hasta ahora el horizonte sigue libre de contendientes que ponga en entredicho la reveladora tesis de Fukuyama. Sin embargo, escribió un nuevo libro.

El politólogo americano desde el inicio tuvo en cuenta que los peligros del nacionalismo y del radicalismo religioso no habían desaparecido. Son fantasmas que sobrevuelan aires democráticos hasta envilecerlos en ocasiones. Imposible olvidar la Guerra de los Balcanes, los atentados terroristas, el Estado Islámico, entre otros, ocurridos tras la caída del muro de Berlín. Sin embargo, tras las elecciones de Donald Trump y el referéndum celebrado en Gran Bretaña que culminó con lo que conocemos como el Brexit, tuvo la necesidad de escribir *Identity*. Lo hizo porque, en el pasado, las amenazas iliberales y antidemocráticas brotaban en países con democracias jóvenes o débiles. Es decir, podían explicarse desde ahí. Sin embargo, las nuevas reservas aparecen con la amenaza que representa Trump y Brexit para el orden democrático liberal. Son distintas porque brotan justamente en democracias consolidadas y de larga tradición. A este fenómeno Fukuyama le nombró «política del resentimiento» porque las razones que lo explican no son en exclusiva económicas. La propuesta es complementar el análisis económico con uno que aborde la cuestión desde una perspectiva más psicológica, hasta ahora pocas veces atendida en los análisis. La crisis económica juega un papel importante sin duda, es tal vez el detonante, sin embargo, es mucho más complejo. Lo que subyace es la falta de reconocimiento o la pérdida de dignidad que han experimentado ciertos grupos y que han sabido capitalizar ciertos líderes. Es como si pretendiéramos explicar que la frustración derivada de una promoción laboral solo sucede porque se ha perdido la oportunidad de un aumento. En realidad, nos lamentamos más por lo que esa promoción hubiese implicado más allá del dinero: el reconocimiento que va implícito al asenso por un buen trabajo y el estatus que la nueva posición implica de cara al resto. Para realizar su propuesta, el politólogo americano analiza el fenómeno de la «política de la identidad»; de por qué la identidad se ha convertido en la protagonista del debate político actual y esto qué amenazas implica.

Para entender la «política de la identidad» es necesario retroceder unos cuantos siglos. La pregunta, ¿quién soy?, es eminentemente moderna por varias razones. Primero, porque la evolución del concepto de la persona como ser poseedor de una profunda

interioridad ha tomado siglos para desarrollarse. La idea de que somos seres con interioridad se puede rastrear desde Platón, se profundiza con San Agustín, Montaigne, Lutero hasta secularizarse con Rousseau.

Segundo, porque la complejidad social era mucho menor en la era premoderna. Dentro de sociedades tradicionales, las crisis existenciales hubiesen sido impensables, aunque nos cueste imaginar. Es entendible si recordamos que las sociedades tradicionales se caracterizaban por ser limitadas y fijas, no contaban con diversidad de ningún tipo ni con un elenco de posibilidades como las modernas. Tras el proceso de modernización –con la división del trabajo, la revolución comercial y luego industrial, el surgimiento de nuevas clases sociales, las movilizaciones sociales a las ciudades, la Reforma de Lutero, los cambios tecnológicos como la imprenta– el *quién soy* empezó a tener sentido.

En tercer lugar, porque el concepto de autenticidad pasó a ser muy relevante para comprendernos a nosotros mismos. La idea de la autenticidad ligada a nuestro interior se desarrolló de manera importante con Rousseau. El filósofo francés empezó a valorar nuestro interior entendido como contrapuesto al exterior donde está la sociedad. Esta, a través de sus reglas, pretende normar nuestra autenticidad con riesgo de socavarla. La predominancia de nuestra interioridad sobre la exterioridad se ve reforzada por una última idea: la dignidad. El concepto de la dignidad humana se empieza a universalizar desde el cristianismo hasta consolidarse en la ilustración con Immanuel Kant. Para el filósofo alemán, cada ser humano debe ser tratado como un fin en sí mismo y no como un medio, pues somos seres con dignidad derivada de que somos agentes racionales capaces de tomar decisiones morales. Por todo lo anterior, podríamos decir que es un fenómeno moderno que forma parte de cómo nos entendemos.

Como hemos visto, en el concepto de identidad moderna se entrelazan tres diferentes fenómenos. El primero es el ansia de reconocimiento como un motivo psicológico que explica gran parte de nuestras motivaciones; el segundo es la contraposición entre nuestro interior y el exterior donde adquiere mayor relevancia el primero sobre el segundo; y por último, el desarrollo del concepto de dignidad hasta convertirse en un proyecto político que toma forma en la democracia liberal moderna.

Según Fukuyama, la Revolución francesa significó, en el plano de las ideas, el reconocimiento universal de la dignidad humana que

con el tiempo iba a terminar por consolidarse. Y desde entonces, la lucha por el reconocimiento ha estado en corazón de todos los movimientos democráticos. Aunque de ahí partieron dos versiones de identidad que iban a tomar forma más adelante: una era el reconocimiento de la dignidad individual y otra el reconocimiento de las dignidades colectivas. La primera versión no se satisfizo con el reconocimiento individual que garantizan las democracias liberales. La igualdad en dignidad era insuficiente para lo que implicaba la autenticidad a la que aludía Rousseau. No era posible que las demandas dentro expresión del «yo» se redujese a participación política. Sumado al parteaguas que significó Nietzsche dentro del pensamiento occidental. La constatación de que Dios había muerto y que, por lo tanto, era necesario una transvaloración de los valores actuales, una creación de valores. Esto significó una expansión de autonomía, una apertura a nuevas posibilidades de vivir la vida que coincidió con la modernización social. Sin embargo, la nueva tarea creadora, que implicaba la sustitución de un viejo orden moral, significó también mayor confusión moral, desorientación y crisis existenciales. Esta tarea resultó abrumadora para algunos que terminaron abrazando identidades colectivas que se estaban gestando, como el nacionalismo en la época de Herder. A esta idea Fukuyama apunta cuando dice que el nacionalismo no solo nace a partir de la unión de elementos culturales, lingüísticos o étnicos, sino que también de las ansiedades que se agudizan en tiempos de la industrialización. Cohabita la desorientación con la añoranza de comunidades tradicionales premodernas, cuando el sentimiento de comunidad era mucho más sólido y estable que en las sociedades modernas y plurales.

Todo lo anterior sirve para explicar cómo la identidad se elevó a una situación predominante desde la década de los años 60 en el debate político durante los movimientos de los derechos civiles. Estos grupos empiezan por entenderse parte de una comunidad específica por el hecho de compartir género, raza. Se agrupan porque sienten –con amplia evidencia– que sus colectivos han sido injustamente tratados a lo largo de la historia. En un primer momento exigen reconocimiento, un trato justo, que su dignidad sea respetada, como iguales al grupo predominante. Más adelante, sin embargo, exigen que no se les entienda iguales a sus pares, sino desde su diferencia. Por ejemplo, Martin Luther King, Jr., al principio exigía únicamente el mismo trato que se les daba a los blancos, pero esto evolucionó hasta que –grupos como los Black

Panthers– exigieron que se les tratara como negros americanos, pues ellos tenían experiencias únicas que ningún blanco habría podido jamás entender.

La identidad ha pasado a ser un tema neurálgico en el debate político contemporáneo. Tanto la derecha como la izquierda se han visto atrapadas en él. Los primeros que se rindieron ante el fenómeno identitario fueron los grupos de la izquierda. La principal diferencia durante el siglo veinte entre la izquierda y la derecha fue el tema económico, aunque, desde la caída del comunismo, esas diferencias han sido menores. Desde la década de los 90 las izquierdas aceptaron las reglas del mercado, se ajustaron al sistema del capitalista y a las reglas democráticas. Asimismo, dieron un giro hacia temas culturales relegando la desigualdad económica a un segundo plano. La lucha de la nueva izquierda ya no era a favor la clase social trabajadora que buscaba una mejor distribución económica, sino en contra de la hegemonía de los valores culturales de occidente. Con un toque más nietzscheano y relativista, la izquierda empezó a atacar las bases culturales de occidente que derivaron más adelante en la posmodernidad y los deconstruccionistas.

Es verdad que intentar comprender las diferencias de las comunidades menos aventajadas era –sigue siendo– un tema necesario y urgente. Es importante poner sobre la mesa otro tipo de experiencias, lograr construir una sociedad más inclusiva. Por ejemplo, a la hora de planificar una ciudad no podemos pensar que todos los que caminan están sanos. El tiempo de espera de los semáforos también debe de considerar personas ancianas y discapacitadas. El problema deviene cuando terminamos por entender las identidades como esferas separadas de las otras, herméticas y cerradas, sin puentes de entendimiento. En ese sentido, es justo que Fukuyama recrimine la izquierda de haber llevado la bandera de la política de la identidad a sus últimas consecuencias. Sobre todo porque, al hacerlo, abandonaron un problema mucho más urgente como la desigualdad económica. Y provocaron una fatal reacción en la derecha.

El entender la identidad en términos tan cerrados pone en riesgo la misma convivencia social. Primero porque la identidad toca fibras emocionales, luego porque se basa en experiencias no compartidas ni transferibles. Esto provoca una marcada polarización. Y las colectividades pueden cada vez ser más pequeñas, más aisladas, más divididas. Además, como son comunidades

cerradas, exclusivas y menos aventajadas, no se puede hablar sobre ellas sin correr el riesgo de ofender. Se instaura una cultura de sobreprotección, de luchas por quiénes sí pueden hablar sobre qué temas y quiénes, no. Con la buena intención de proteger la dignidad de grupos menos aventajados, se ha instaurado el fenómeno de lo *políticamente correcto*, a lo que la derecha también reaccionó más adelante.

Ortega y Gasset escribió que «toda realidad que se ignora prepara su venganza». El odio contemporáneo viene de las realidades ignoradas. Esas realidades ignoradas pueden explicar el auge de Donald Trump y el populismo de derechas. Trump representa lo políticamente incorrecto. Criminaliza a los mexicanos, habla mal de los musulmanes, se ha expresado de manera incorrecta sobre las mujeres. Verbaliza ideas que antes nadie se atrevería a verbalizar. La gente se identifica con él y, aunque no con todo lo que dice, lo apoyan porque, por lo menos, es auténtico, muy distinto de todo lo anterior, de la hipocresía que se había instalado en la Casa Blanca. El triunfo de la autenticidad. Son personas que se sienten ignoradas por sus élites, las cuales les han prestado atención a las mujeres, a los inmigrantes, a la gente de color, al colectivo LGTBI. Sus valores tradicionales se han visto bajo amenaza ante los valores cosmopolitas de las izquierdas. Por lo tanto, ellos también se consideran víctimas, en especial después del detonante económico. Empiezan a utilizar el lenguaje de victimización, como lo había hecho la izquierda hasta entonces: se sienten ignorados, oprimidos, ajenos en su propia casa. Y los elementos de la política de la identidad vuelve a entrar dentro del espectro político con sus terribles consecuencias.

Los líderes populistas logran una vinculación directa con el *demos*, pero solo con cierta parte del *demos*. Son elegidos de manera democrática, a través de instituciones liberales y democráticas, pero una vez en el poder, las debilitan. Por ello, se convierten en amenazas. Y lo hacen sacando rédito a la identidad, tocando las teclas emocionales de las que están compuestas. Esas fibras son sensibles, porque lo que está en juego es la dignidad de la comunidad a la que pertenezco, versa sobre lo que somos en última instancia. Y lo hacen desde concepciones naturales de la identidad, como si la identidad estuviese determinada desde el nacimiento. Es un entendimiento muy estrecho, muy delimitado, y, en definitiva, obsoleto de lo que somos. Pero sigue vigente, lamentablemente. Las identidades son construcciones artificiales, son moldeables y no son

entidades fijas. Fukuyama propone que en lugar de entendernos en términos estrechos como la raza, podamos hacerlo a través de otros más amplios y flexibles como la clase social. Además, que es ahí donde está el verdadero problema, en la creciente desigualdad económica que toca distintos colectivos, distintas comunidades, sin discriminar.

Fukuyama es consciente de que no podemos entendernos de otra manera que no sea a través de la identidad, pero es posible hacerlo a través de categorías más inclusivas y amplias. Reconoce el valor de las identidades nacionales, pues son esenciales para el funcionamiento de las naciones, pero no las que se fundan sobre elementos étnicos, responsables de estragos anteriores y recientes como el fascismo. Por tanto, hace referencia al nacionalismo cívico como solución. Este coherente en la identificación nacional entorno a principios y valores políticos. Pone el ejemplo de Estados Unidos en donde cualquier persona que se naturalizaba americana, sin importar de dónde provenía, podía considerarse americano si aceptaban el *ethos* americano. El *ethos* americano, el modo de ser americano, se despliega a través de sus instituciones –normativas y educativas– las cuales cumplen la finalidad pedagógica de trasladar los principios políticos que son sustento de la convivencia social. Además, es importante la cultura y la narrativa en las que se acomodan las fibras emocionales de las identidades nacionales. Fukuyama continúa sosteniendo que los valores y principios deben ser los democráticos liberales, porque son los que mejor garantizan los derechos individuales en sociedades modernas y plurales.

Mateo Echeverría